

El Problema con los de Sombrero Blanco

Aunque parece que se abordan problemas de desacoplamiento político, el *hacking* cívico va por una ciudadanía provisional y condiciones precarias de trabajo.

Cuando el “*hacking*” aterriza en los estacionamientos y las salas de juntas de firmas tecnológicas multimillonarias y mientras capitalistas de riesgo planean hackatones por reformas migratorias, y organizaciones no-gubernamentales y empresas invierten en sus propios hackatones alrededor del mundo, puede ser fácil concluir que el *hacking* es la identidad económica preferida. Los hackers se actualizan a ellos mismos por medio de la improvisación y el “manos a la obra” con recursos limitados. Ellos proveen de forma afanosa mano de obra gratuita. Mientras la Casa Blanca pueda aprovecharse del potencial positivo del *hacking* y al mismo tiempo condenar a los “hackers” como delincuentes, esto ilustra muy bien la disputa por el estatus del termino y la competencia sobre el conocimiento, autoridad y protocolo que moviliza. ¿Pero como se distinguen estas reivindicaciones? ¿Y con las ambiciones de quien?

El *hacking* tiene una ambigüedad que apunta a un punto ciego de la gobernanza contemporánea. Los líderes políticos se dan cuenta del poder de los datos y que el futuro de la economía está intrincado al de la tecnología avanzada.

Una población especializada requiere alfabetismo digital pero del tipo que Snowden pone en uso disruptivo.

El derecho de los americanos a estar “seguros” en sus casas está siendo recalibrado por la economía de la información y por la recolección y el uso agresivo de datos por niveles institucionales. En este momento de deliberación acerca de las políticas de la transparencia de datos, los hackatones cívicos se vuelven atractivos porque proveen una oportunidad temporal para ser ciudadano. El *hacking* se vuelve un medio para experimentar con el civismo en lugar del sabotaje: un tipo de material especulativo de participación dentro de un experimento más amplio que es la democracia.

Los hackatones intentan imaginar y representar una condición democrática futura, permitiendo a los individuos a contribuir a lo que pueden estar en el proceso. Muchas veces, esta profunda especulación se ve atada a una ingenuo y limitado entendimiento de la política como si fuera la mecánica del gobierno. “Lo que puede ser” es muchas veces simplemente una versión del ahora – solamente más rápido, más eficiente y de preferencia compatible con teléfonos celulares.

Los hackatones cívicos reflejan cambios en la naturaleza del trabajo, el voluntariado, la colectividad y la pertenencia. El proceso de producción es configurado para aparentar ser amistoso, informal y ad hoc, llevando a nuevos tipos de identidades sociales y relaciones. En los hackatones cívicos, nuevos ecosistemas para la innovación, el diseño, la micro-manufactura, y la revitalización de la ciudad se llevan consecuentemente en el curso de un día o un fin de semana. Para los ciudadanos y el gobierno local igualmente afectados por la austeridad financiera, estos eventos producen un rango de beneficios que incluyen una muy necesitada moral.

Al mismo tiempo, los hackatones generan y normalizan cierto grado de confort con el fracaso. Como viene a ser con los cientos de aplicaciones parcialmente terminadas, mapas, bases de datos y visualizaciones que son el despojo de los hackatones, apreciamos otra de las frases mitológicas de la fundación de Facebook: “Hecho es mejor que perfecto”. Los hackatones típicamente favorecen a los participantes que pueden entregar el resultado “más completo”. En este aspecto, el tiempo comprimido refleja otros tipos de trabajo especulativo en el cual el trabajo se allana con una insostenible e impredecible producción justo-a-tiempo. No es necesario reconocer o perseguir el esfuerzo que se necesitaría para ejecutar cabalmente las ideas hipotéticas sobrantes.

Aún el resultado “más completo” en los hackatones cívicos es parcial. Típicamente tenemos características que sugieren sistemas. Obtenemos bocetos de una infraestructura del nuevo imaginario cívico. Producimos fragmentos de código que conecta datos frágilmente.

Los hackatones cívicos están limitados a dirigirse a problemas que tienen soluciones técnicamente justificables. Por ejemplo, referirse a problemas de transporte-público y el acceso a este por parte de las comunidades que lo necesitan se reduce al reto de proveer datos en tiempo real. Y los problemas que cada hackaton desea resolver se reajustan en tiempo real para coincidir con las condiciones de quienes y cuales destrezas están disponibles. Así que si los datos de los autobuses se despliegan en un dispositivo móvil o en una visualización no dependerá en las necesidades de la comunidad o sus deseos sino en cuales lenguajes de programación conocen los programadores del hackatón. Este ajuste ad hoc, que es un resultado inevitable del acercamiento oportunista de los hackatones al tiempo y las habilidades, minimiza la ambición de la gobernanza. Así se recompensa el pragmatismo a expensas de reclutar más protagonistas representativos o ideales para la política.

El modelo del bien común del Valle de Silicón representado en los hackatones provee soluciones técnicas a problemas sociales. Esto cultiva un modo de emprendimiento ciudadano que es cada vez mejor acogido por los gobiernos en tiempos de austeridad. Aún así, las consecuencias de comprometerse con las condiciones –que reconoce a los problemas solamente mientras la tecnología pueda operar sobre ellos y resolverlos– significa que las practicas de trabajo del ingeniero se convierten en las técnicas preferidas para el civismo. El mundo social existente se toma por hecho, requiriendo pequeños ajustes y composturas a los márgenes. Al estrechar el foco de los problemas que puedan ser resueltos, se evitan cuestiones de poder y equidad. No hay tiempo de considerar las causas estructurales o políticas que hacen a unos problemas más importantes que otros. En lugar los hackatones depredan las preocupaciones sociales que pueden ser resueltas en condiciones apresuradas

De esta forma los ciudadanos especulativos de los hackatones también recogen beneficios especulativos. Se mantienen firmemente en el territorio de las tácticas en lugar de en el territorio de las estrategias. En los hackatones, simulamos géneros de realización pero nunca progresamos a posiciones de poseer infraestructura, influenciar la economía o cambiar las leyes que distribuyen los recursos. Mientras la economía *app* comercia del trabajo gratuito de aspirantes a trabajadores y ciudadanos, podemos imaginarnos que será lo “bueno” de este tipo de *hacking*, que ofrece a las instituciones medios para cosechar trabajo que se regala.

Pero los hackatones meramente normalizan el fracaso y la imposibilidad de hackear por un cambio significativo y estructural, tal como el “*hack*” de Snowden expone a un gobierno que aparenta ser irreparable, roto y corrupto. Hackear por el bien es intentar parchar una institución que persiste, a pesar de sus muchos defectos.